

los instrumentos, los radios descompuestos. El señor alcalde, aficionadísimo a "Gardel", pues cantaba muy bien el tango volver: "Volver, con el dulce recuerdo..." muy nervioso le musitaba al cura Tolentino Bergas (que de paso, las damas católicas le habían sugerido, que por favor, se cambiara el apellido) pues le decía al munícipe: - "¡Mierda, padre, esto no puede ser! ¡Es increíble! ¿Qué le parece doctor?- Y el cura, un español, de no disimulada simpatía hacia el General Francisco Franco, contestaba: - "Hijo mío, todo puede ser en una guerra. Lamento lo que le pueda suceder a este hijo de dios". E insistía el alcalde: - "Pero no puede usted padre hacer algo? - ¿"Yo? ¿me lo pide usted? ¿no es usted el jefe máximo de este pueblo?...

A "Gardel" se lo llevaron por la misma ruta del japonés, hacia el temido campo de concentración de la Zona del Canal. En la cantina de la placita, el alcalde, en fuego, habló hasta por los codos y dijo: - "Sabrán que un gringo me informó que en la Zona "The Caribbean Command" había detectado señales de una radioemisora clandestina que transmitía mensajes a los submarinos alemanes y japoneses que rondaban como tiburones por el Pacífico... Y oigan esto, amigos... que el argentino, el "Gardel" y buen amigo de todos nosotros, el marido de la Lola, no era argentino sino además con pasaporte uruguayo, y que se encargaba de transmitir esos mensajes, en su condición de espía nazi, hecho pasar aquí como gaucho...

Amigo, es la guerra... esta puta guerra, porque allá peleamos contra el Eje, y acá tenemos que vémosla con los gringos... Pobre mi amiga Lola. Saben de qué vaina me acuerdo? De aquel son cubano que decía : "Eran las tres da la tarde cuando mataron a Lola..."

Cuando la madre de Juancito se enteró de todos los detalles de este nuevo episodio bélico le preguntó al hijo:- "¿Y no lo crees todavía? ¿No te das cuenta que estamos metidos en la guerra? Porque, de seguro, ya estos gringos han matado al japonés, al italiano

y ahora, también al marido de Lola, el de los tangos de Gardel... ¡Pobrecito! Tan lindo que cantaba aquello de: "Golondrina de un solo verano... con fiebre en las alas, de cielos lejanos..."

De modo que tú, tonto de capirote, no serás marino mientras yo viva... ¿Entendido?

Y, sin pausas, seguía la guerra mundial. Para desgracia de la familia enfermó Juanchón, el padre y entonces Juancito aprovechó la ocasión.

- Bueno, madre, ahora cuando el padre yace enfermo, sin poder levantarse, con ese reumatismo bárbaro, yo debo ir a trabajar, para traer el dinero a casa. Pero tú sabes, madre, que aquí en este pueblucho no hay trabajo. Me voy a la capital, a la Zona del Canal, allá puedo trabajar de ayudante de carpintero, de albañil, o de simple peón de pico y pala... ¡qué se yo!... Y para que te aquietes, te prometo que no seré marinero... Eso es todo, ¿que te parece, vieja?

-Bien hijo mío- expresó con resolución la madre- anda, pero por favor de dios... no te metas a marino, porque te va a matar la guerra.

Y Juancito se fue a la capital, con otros muchachos y pronto quedó enganchado en una compañía norteamericana, que construía las casas para los soldados. El era una hormiga más en el tremendo hormiguero de las obras. Cuando salía de la faena iba al puerto a ver a sus amados barcos trasatlánticos, en las noches, totalmente apagadas, para que los japoneses y nazis no pudieran descubrir el Canal. A veces, al trasluz de los reflectores descubría los veloces aviones cazas de los gringos, los que hacían maniobras nocturnas, para cuando, al fin y al cabo, llegaran los alemanes y japoneses por acá.

Mas la guerra, por estos rumbos era tan sólo la muchedumbre de obreros y de soldados y marinos norteamericanos, como interminables invasiones de arrieras. Y cada fin de semana los marinos golpeaban a los mozos de cantinas y a las prostitutas, y por

esto y aquello la chispa prendía masivas peleas entre gringos y panameños. Esta era la guerra de acá, pues los muertos caían a miles de kilómetros del Canal: en Stalingrado, Praga, Paris, Londres, Guam...

Cada vez que le era posible Juancito regresaba los fines de semana con los dólares a la casa y a la vieja se los entregaba y contaba que la cosa era sencillísima y que todo el mundo, en la capital, estaba alegre con la guerra, porque había gringos y plata en barbaridad y que ojalá la guerra no se acabara nunca- decían los periódicos- porque eran los días de las vacas gordas y que la paz traería la miserias de las vacas flacas del país.

-Sí... linda cosa- decía la madre- las vacas gordas de los ricos. Acá los ganaderos se han vuelto millonarios... vende que vende vacas al ejército gringo; pero allá las madres pierden a sus hijos... Oye, y ojalá sepa yo, ¿oíste ? que te vayas a meter en la capital, a marinero... por allá tengo mis espías para saber.

Cierta vez se acercó a la base militar donde Juancito trabajaba de ayudante de carpintero, un paisano a decirle que había un trabajo muchísimo mejor, y que él, Juancito podía realizarlo porque se veía entero y con buena salud.

-Tú sabes, Juancito - le dijo el paisano - tienes espaldas anchas y buenos pulmones.

-¿Qué trabajo? ¿Y cuánto pagan?- preguntó Juancito.

Mira, son diez dólares y más, por una simple pendejada; un ratito, y el resto del día puedes, si lo deseas, realizar otra labor y así resulta, hasta veinte dólares al día, con sobretiempo... un platal. ¿Qué te parece?.

- No puede ser- respondió Juancito-

- Ciertísimo, muchacho, decídete- insistió el amigo. Fíjate que hoy ando libre y no quiero trabajar el día, y por la noche me voy por allí, a ver los cabarés, que eso es un gusto... Hay mujeres chilenas, colombianas, cubanas, ticas... ¿ qué te parece ?

-¿Pero de qué se trata?- preguntó Juancito con cierta duda.

-Vamos allá -contestó el paisano- es en aquella islita, mira... hay una base militar; es un sitio muy secreto. Tienes que ir conmigo, pues sólo, no te dejan entrar. El capataz me mandó a buscar jóvenes como tú, fuertes... Pero todo esto es muy secreto, tú sabes, ¿no?... si aceptas, tienes que callar la boca. Así es la guerra.

-¿Dime- preguntó Juancito- será algo como cuestiones de andar por el mar, en barcos?

-No, hombre... ¡qué marinero, ni que marinero!... Es plata cantante y sonante.

-Pero oye, insistió Juancito- ¿por qué me andas con tanto misterio y cuentos? - ¿De qué se trata?

-¡Ah, vaina! si quieres plata - dijo el paisa- para llevársela a mamá, bien, vamos a la base, allá te explicarán la cuestión; parte de mi trabajo es buscar candidatos como tú, y nada más, y la boca cerrada, ¿verdad?

Entonces Juancito decidió dejar el trabajo de construir casas para los soldados y aceptó el nuevo contrato en la misteriosa isla. Total, no sería cosa de meterse a marino y faltar a la palabra empeñada a su querida vieja. Esa vez llegó el capataz, halló que Juancito tenía buena corpulencia; apuntó el nombre y lo llevó a la sala de exámenes. Había cierto temor en el muchacho al desconocer el tipo de tarea. Si él no era un enfermo, ¿para qué lo llevaban allí, en donde olía a formol? Apareció una linda niña norteamericana que lo condujo a otro cuarto y un médico gringo lo examinó cuidadosamente. Después de medirlo y pesarlo lo sometió a ejercicios de respiración, luego de lo cual el doctor dijo que Juancito era un "man" excelente para el oficio.

-Okey- expresó el "foreman"- quedas contratado por diez dólares, para empezar.

¿Acaso sería oficio de buzo? Lo de bucear es deportivo, pero el peligro consiste simplemente en la amenaza de los tiburones.

Eso pensó, para sí, Juancito.

Al día siguiente, a las siete de la mañana en punto, hora americana, estaba el muchacho en el puesto, no exento él de cierto miedo y algún acento nervioso. Allí estaba su paisano, con la boca cerrada no entra mosca, ¿okey?... pero callar... ¿okey?...

- "¿Será- pensaba Juancito que me quieren meter a espía?"...

En el enorme galpón o hangar de aviones, un soldado lo hizo pasar junto a otros mocetones, tan fuerte como él; eran como cien jóvenes.

- ¿Esta vaina es para aprender a buzo?- preguntó Juancito a uno de los muchachos.

- Oigan ....- exclamó el tipo- éste cree que viene a aprender a bucear... que se las dé de loco para que vea... ¡ja...ja!... Mira tú "buchí", no preguntes pendejadas o te jodes, porque aquí los gringos tienen muchos espías, que no les gusta la gente que pregunta mucho...

Juancito se metió la lengua en la boca, pero la cosa se aclaró de una vez, porque vino un sargento, sonó un silbato; ordenó al grupo a ponerse en fila.

Juancito pensó que lo iban a meter a soldado y recordó a la madre y aquella canción de Daniel Santos que estaba de moda: "vengo a decirle adiós a los muchachos, porque pronto me voy para la guerra"-.

Entraron en el gran espacio del hangar cerrado herméticamente, pero ventilado por grandes abanicos eléctricos y todo muy claro, como el día, por los ventanales de vidrio y algunos techos de tragaluces, igualmente de vidrio. Entonces vino la cosa: unos hombres trajeron máscaras que sacaron de sus envoltorios. A los nuevos reclutas explicaron la forma de ponerse dichos instrumentos negros, como de caucho, con enormes ojos y narices de puerco. No, el asunto no se trataba realmente de bucear... eran máscaras, ¿pero de qué? Juancito hizo lo posible para meter rápidamente la

cabeza en la máscara tremenda. Llegó un sargento que hablaba como puertorriqueño y le enseñó fácilmente la cuestión de enmascararse y ya quedó como los otros, y aquello semejaba cosa de película. ¿Eran marcianos?

¿Iban para el cosmos? ¿De qué se trataba, al fin, con tan extraños rostros? Si Juancito hubiera sido menos campesino habría sabido enseguida que el asunto era simple; máscaras anti-gases, de las que usaba el ejército norteamericano en la guerra.

Y el negocio consistía en probar dichos artefactos.

-¡Atención!- gritó el puertorriqueño en español- vamos a ver ahuevados... se trata de la parte que tienen que dar, ustedes, panameños de mierda, en esta guerra. Allí les va - agregé el que aguanta...aguanta... y el que no aguanta, se caga... ¡Ja...ja!

Y Juancito empezó a ver que otros soldados enmascarados como él regaban con una bomba algo que aparentaba humo y que resultaba ser, nada menos que el famoso gas. Pronto algunos compañeros empezaron a caer al suelo y una cuadrilla de enfermeros los sacaban apuradamente; los restantes quedaban allí y hacían un tipo de ejercicio sencillo que les indicaba el oficial del silbato. Juancito no sintió, sino miedo de la propia máscara y de ver caer a sus colegas. Después de tres demostraciones, con máscaras distintas, como a la hora salió del hangar y recibió, al contado sus diez dólares y una chapa para identificarse, cuando regresara un día sí y otro no, a la prueba de calidad de dichos artefactos.

Semana y media después de ese trabajo, en la base secreta, Juancito volvió al pueblo y llevó bastante dinero a la madre.

- Juancito, hijo, esta vez trajiste más dinero, ¿por qué- expresó la madre, con malicia- ¿Quiere decir que antes te la pasaste gastando plata en mujerzuelas?

-No- contestó el muchacho- es que hice trabajo de sobretiempo. Al parecer, aquí empezó el mal, porque le mentía a la madre.

Juanchón, el, padre, que ya se había recuperado, pero que aún no podía trabajar respondía a la madre acusándola de "mamera" y que ya Juancito era hombre, hecho y derecho y que sabía lo que tenía que hacer en la vida.

-No- rezongó la madre- lo que pasa es que no quiero que se meta a marino de guerra, porque un día me van a mandar el telegrama de que lo mataron por allá, o nada más vendrán sus cenizas, si es que llegan.

-Déjate de chochera, mujer, nada más piensas en la muerte- contestaba Juanchón.

Y después Juancito Pérez volvió a la base secreta. Pero un martes cayó, por primera vez, desmayado al piso. Sintió ganas de vomitar, algo de mareo y dolor intenso en las sienes y la nuca.

En la enfermería le dieron algo, y le alentaron diciéndole que eso no era nada, que le pasaría con un trago de buen whisky. Esto agregó la ruta del mal, porque se había desmayado y probado licor fuerte y no se lo diría a la madre; o sea, volvería a mentir, como un canalla cualquiera.

Juancito siguió en el trabajo sin otro percance mayor que una nueva desmayada, pero ya tenía experiencia del asunto, de modo que al mes siguiente llegó a casa, con muchos regalos para la vieja y una prenda de oro, para su novia, porque ya Juancito tenía una enamorada, un algo de amor que se halló un fin de semana, en el baile del pueblito, cuando los conjuntos tocaban aquella polka: " "barrilito... barrilito"... " que causó tanto furor para la segunda guerra mundial. Entonces quedó prendado del par de ojos mundiales, negros y pestañudos.

-Oye, ¿pero cómo? Tú sabes que yo no me puedo poner una prenda así, ya que mi padre me mataría.

Y ese domingo Juancito regresó a su pueblo a la base militar de la Zona del Canal, con el corazón apachurrado de tristeza, porque ya quería a la muchacha, y no se trataba solamente de su mirada enternecedora, sino de lo que malditamente nombran el amor, el que duele en las puntas de los pañuelos tibios de adioses lilas, y de sentimiento en la lejanía y más en esos días de la juventud durante la guerra. Y la chiquilla no era de las casquivanas que andaban, en esos días, del brazo de sus "amantes gringos".

Al menos él podía amar, cada fin de semana, sin las angustias de los jóvenes de Rusia, Francia, o Inglaterra, porque aquellos se despedían al borde de los trenes de la guerra, de los campos de batalla, de la guerrilla y la resistencia, o del campo de concentración, sin volverse a ver, a veces, nunca jamás. Ahora Juancito tenía dos amores: su madre y su muchacha. La muchacha buena, la que al despedirse, ni siquiera le pedía nada, y la madre que repetía su advertencia: "Ojalá que yo sepa que te metes a marinero de la guerra.

Pero todas las promesas del muchacho fueron por el puro gusto de afirmar las cosas. Y resultó así, ya que Juancito no regresó el sábado siguiente, ni el otro. Y cuando finalmente se supo de él, ésta fue la tercera versión de la segunda guerra mundial acontecida en aquel pueblito azul y blanco, de jardines de rosas, del cielo siempre azul, y las madrugadas salpicadas de cantos de gallo.

Esa vez se sintió el verdadero peso de la guerra en la aldea de los Pérez y en la calle de los artesanos, en la placita, la cantina, en el salón de bailes, en donde Juanito enamoró a su muchacha.

Lo del japonés, no fue tanto, algún día lo soltarían y regresaría a su negocio de barbero; otro tanto podría ocurrir con el radiotécnico, el argentino - alemán de los tangos de Gardel y finalmente, todo volvería al curso de los días serenos y transparentes del pequeño

pueblo. Pero la guerra lo enturbió todo y el pueblo se chamuscó de pavor y enlutó de violeta y negro; las rosas fueron comidas por gusanos; el cielo se encapotó de un gris nazi... ¡quién sabe! porque en una chiva vieja, o sea, una especie de pequeño autobús, esa tarde llegaron los amigos de Juancito, con el propio Juancito en persona, al poblado y se detuvo la máquina frente a la casa de Juanchón, y al fin bajaron, y al cabo, cuando lo pusieron en el centro de la pequeña y humilde sala de los Pérez, Juanchón, aún desconfiado, pero recio y sereno, como tal padre, como tal trabajador, como tal hombre del pueblo, pues abrió el ataúd, vio que realmente era su hijo que retornaba, de la segunda guerra mundial y fue cuando la madre y la novia llorando se abrazaron. Gritaron, como dos mujeres en una, casi muertas de angustia, desesperación y de amor, porque... "¡Hay! ¡Eso no puede ser... Dios mío! ¿Por qué diosito hiciste eso con mi hijo? ¡Ay, mi Juancito! ¡Juancito del alma!... ¡ay! Cuando venía y lo primero que hacía era darme su dinero... tan hombre como su padre.. tan amoroso mi hijo."

En el velorio, un compañero de trabajo explicó lo sucedido:

- El trabajo lo pagan bien. Es de probar máscaras. Si las máscaras tienen algún desperfecto no las mandan a sus soldados del frente. Son diez dólares que pagan por cada sesión; la verdad que es un lujo de salario.

- Sí- expresó la adolorida madre- salario de la muerte... mejor te hubieras metido a marinero...

Moscú, noviembre, 1983.



## EL TREMENDO SUSTO DE LA BELLA IGUANDILI

*"Al principio no había nada, solamente neblinas que daban vueltas y de su remolino surgieron los doce espíritus"*

*-de la mitología Cuna-*

El caso de la bella Iguandili fue sometido a juicio, en el congreso, esa noche y después de comprobado el hecho, la comunidad decidió sancionarla por libertina, por coqueta y embustera (aunque finalmente dijo toda la verdad de cuanto había sucedido y se arrepintió) en fin, por andar de inventora, descreída y violentar las normas de la tradición; por no cuidar la etnia, el matrimonio, la estirpe, la castidad del pueblo. El congreso, por unanimidad, incluidos los votos del padre y sus hermanos, la condenó a cargar el importe de cien carretillas, casi cien quintales de cascajo, para la construcción de la pista de aviación de la isla.

Y así estuvo ella la burladora, la distraída, la culipronta cargando sacos de piedra y cascajo, desde el amanecer hasta los crepúsculos, sin descansar, a la vista de toda la comunidad; por pasarse de viva, salirse de sus cabales y andar de pizpireta, asomada en el puerto, mirando los barcos y los pájaros azules del mar y coqueteando en su piragua, junto a extraños marinos de toda laya: hasta gringos había, hasta negros había, hasta colombianos, sobre todo, porque la mayor parte de las embarcaciones acudían a los pueblos de la comarca, a trocar cocos por sal, manteca, querosín, harina, azúcar, telas y toda clase de los adelantos de la civilización, occidental,

norteamericana, japonesa y colombiana. El resto de la isla: el sáhila, o jefe, las otras mujeres, casadas y solteras, desde sus chozas la veían ir y regresar con los sacos de piedra y cascajo, allá en el escampado, en donde poco a poco, pena a pena, trabajo voluntario a trabajo voluntario, la comunidad construía la pista de aviación, para que aterrizaran las avionetas con etnólogos y turistas, gentes raras, contrabandistas y demás sociólogos de Europa y de otros mundos, que venían a averiguar el misterio de los indios, a buscar amuletos; fotografiar aborígenes (los indígenas o autóctonos, los primitivos) y también, y a veces, unos sí otros no, a fumar marihuana y coger cocaína, especialmente de esto se ocupaban gringos de la Zona del Canal y gringos norteamericanos.

Pues allí estaba ella, echando cascajo, que era un cuento de nunca acabar; sudando como potranca, bajo el sol puñetero que arriba se reía, se burlaba de la pobre Iguandili y le gritaba: -"Anda, busca a tu luna alcahueta, para que te ayude a cargar piedras, al lomo. Para eso andabas con ella en tus lujurias, allá por tierra firme, sin tomar en cuenta a tu marido que trabajaba en las bananeras o en el Canal, con el fin de traer la paila, el radio, el collar, tus satines y los hilos de colores para coser tus molas y chaquetas; el estrujado hombre, allá en semejante infierno verde de bananales, bajo el rocío de los pesticidas, según cuentan, y que luego de tanto trabajar hace que los trabajadores terminen echando espuma verde por la nariz..." "Y sin embargo tú- repitió el sol- golosa, lechona, acostada por la playa, cogiendo vicios de gente extraña... Pues anda -insinuaba el sol- busca a la luna, como lucías aquella vez, revolcándote en la arena, bajo la canción del palmar... ¡Pero ya viste!"... Y eso comentó el sol o sea, Dad Ibe, a las dos y media de la tarde a la sufrida Iguandili quien nada más había incurrido en el pecadillo casual de la carne. Pero acá el congreso tenía que conocer el asunto y aplicar con estrictez la ley no escrita, pero declamada por el sáhila en los congresos tradicionales, en el idioma culto, que ni siquiera el pueblo

entiende, porque las palabras son tamañas, profundas y oscuras, puesto que fueron talladas hacía siglos, por otros hombres quienes ya poco les faltaba para ser dioses y que estuvieron allí, bajo las palmeras, hasta el día desgraciado en que les tocó descubrir a Rodrigo de Bastidas y a un tal Balboa, especialista en utilizar perros feroces para descuartizar a dules pacíficos.

Bueno, pues, allí estaba la muchacha, en su cargar y sudar, pese a que era una mujer bellísima como un coco joven, abierto, con su agua de cristal y su pulpa blanca de nube esponjosa. Así era ella, pero de esa belleza vamos a hablar más adelante, porque de lo que se trata es de otro asunto: el saber porqué el congreso de la isla le impuso la pena de cargar cien sacos o carretillas de cascajo y como no había carretillas, cargó la cuenta a puro pulmón, al hombro. Aunque en la isla, las mujeres echan el bote, cargan los hijos, o los hermanos; toman el remo, y ¡adiós perla!... se van al otro lado, al continente a buscar yuca y ñame, y parecen gaviotas fantásticas en las piraguas negras sobre el mar verde turquesa, de aguas superiorísimas a las de la Costa Azul de Francia; de eso, ni hablar.

Acá es la lindura no vista; la playa en la cual bajaba, antes de todos los ángeles, el dios Dad Ibe a bañarse, en el paraíso de las islas cundidas de cocoteros, y entre isla e isla, el mar verde claro, verde amarillo, verde agua... Después la cadena de islas hacia el oriente, el archipiélago, los arrecifes y sus corales y las perlas, las langostas, los pelícanos, las gaviotas y los bufeos. Entonces los neles, o sabios y poetas, declamaron antiquísimos poemas, y todo el espacio envuelto en el barullo del ras...ras... de las maracas y la dulzura profunda de las flautas vegetales.

Los neles o sabios, recitaban, entre volutas azulencas, de largas pipas, las odas del comienzo del universo y del individuo dule. Como decir: ¿de dónde vinieron los cunas o dules? dicen que eso

fue cuando sólo había un tremendo árbol, altísimo y casi cósmico, cuyas ramas se entrelazaban con el cielo, las estrellas y las nubes. Aconteció en el tiempo en que Dad Ibe, el dios sol, o algo parecido a eso, en cuatro días y una noche se dispuso a derribar el inmenso árbol, para que cayeran las ramas, pues allá arriba estaban las plantaciones de cacao y de otras frutas; las comidas, y el pueblo moría de hambre y rogaba a Dad Ibe. Dad Ibe empezaba a cortar el infinito árbol, corta que corta, todo el día, y al anochecer descansaba con sus hacheros. Sin embargo, al día siguiente el árbol se rehacía de los hachazos y lucía completamente entero -¿"Qué sucede"?- preguntó Dad Ibe. Y una noche se dispuso a observar y vio que de una laguna salían los sapos, las culebras y los diablos a lamer el árbol talado y así se reponía. Dijo: -"Hay que matarlos"... Al fin Dad Ibe pudo derrotar a sus contrarios y derribó el árbol, pero las ramas quedaron engarzadas en las nubes y no se desplomó. Para aquel tiempo no existían los hombres, los dules, sino los hombres-animales: el hombre pájaro, el hombre arriera, el hombre venado, el hombre sapo y Dad Ibe decidió pedir ayuda al hombre ardilla, es decir, a Masolopíler.

En el congreso el hombre ardilla se comprometió a empujar, desde arriba el árbol. Mas se advirtió en el congreso que el sujeto que asumiera la tarea de subir a cortar aquellas ramas para que el árbol, al fin, diera en el suelo, fatalmente iba a morir. Su muerte, sin embargo resultaría en bien del mundo y de la futura generación dule. El hombre ardilla lo pensó y a pesar de que la hazaña significaría su muerte, aceptó el reto, pero puso una condición. Dijo: -"Lo hago si me consiguen una esposa, para gozar con ella, y después subiré, desengancharé de las nubes las ramas y moriré en bien de la humanidad"- Y el plenario del congreso, por unanimidad, le concedió tal gracia. Entonces le entregaron, para su amor, nada menos que a Astúbin. Así fue que después del casamiento, Masolopíler se dispuso a escalar al tremendo árbol y cortar las ramas. El árbol iba a caer; Masolopíler moriría, para salvar a las

generaciones venideras. El hombre ardilla, no obstante se agenció de un tintura roja, hecha de achiote; tinte parecido a la sangre y con ese resguardo subió rápidamente -porque era el animalillo más rápido- hacia la altísima copa, hasta llegar a las nubes. Cortó con sus filosos dientes las lianas y bejucos que sostenían al árbol, el cual empezó a bambolearse y caer con su universo de ramas, plantaciones, abundancias, arroyos y tierras apropiadas para los cultivos. Pero el astuto Masolopíler, orinó hacia abajo e hizo regar la sangre de achiote, para que el pueblo, e incluso Dad Ibe, creyeran que, en realidad había muerto, desangrado por la caída. Al caer el árbol se hicieron las islas, nacieron quebradas, surgieron cerros, brotaron las plantas, flores, bejucos... claro y además corría la sangre, o sea, la pintura de achiote. Y entonces los dules exclamaron: -!Pobre hermano Masolopíler!... ¡murió en bien de la generación dule!... Más era una apariencia, porque el hombre ardilla, en ese momento justamente estaba, en su hamaca, gozando con su mujer, la Astubin. Y por esa razón, desde entonces, cuentan los neles, allí nacieron el engaño, la simulación y los farsantes. Y se dice de la ardilla que ella representa la mentira y desde entonces se destinó a servir de medicina a las gentes. Así pues, como veníamos diciendo, Iguandili fue severamente castigada por el congreso reunido en el gran rancho circular. El sáhila en el centro, en su hamaca de mando, hamaca de contar cuentos y recitar larguísimos poemas; hamacándose como dios de carne y hueso, en su hamaca de producir discursos y sentencias. Bajo la fresca cobija de las pencas de palma, maderas olorosas y bejucos eternos del palacio circular los dules debaten y parecen los mejores parlamentarios de América Latina, no sólo por su tremendo lenguaje de figuras y metáforas naturales, legítimas y parabólicas, sino porque llevaban, en eso, siglos y siglos, cada noche, una tras otra, desde cuando Ibergoum enseñó a los pueblos, cuando aún no habían reyes de Castilla y de León, ni los Doce Pares de Francia, ni aún Atila o Gessiskan.

Ya para entonces, la gente de Kuna Yala discutía sus cuestiones comunes, cada noche y tomaba decisiones azules y rectas sobre lo concreto y lo abstracto, por mayoría de votos, con derecho a réplica y a todos los recursos del método, que después inventaron los que llegaron a colonizar, en nombre de otro dios, de las espadas de acero toledano y de los feroces perros de Balboa.

Pues sí, la vaina, aconteció en la isla, digamos que en el puerto; o en la playa; o bajo la luna, por la simpleza de ella, por la lejanía de su marido bananero, el cocinero del Club House norteamericano, de las bases militares de The Canal Zone. Él tenía la culpa, porque se fue a trabajar, como otros, llevados por la religión de los dioses del salario, redondo y sonante. Pues eso ocurría en el mundo cuadrado de los wagas, o sea la gente no india, no dule, no cuna, porque en las islas la cosmovisión, la ontología, la filosofía y la ética y demás yerbas occidentales y capitales, eran muy diferentes.

Cuando el suaribed, miliciano, e inspector del pueblo le interrogó a la Iguandili, ella ingenuamente contestó:- "bueno, pues qué iba a hacer si estaba triste, sola, melancólica, a la orilla del mar, así sentada sobre las piedras negras de carcomidos arrecifes, contando gaviotas y tijeretas, en fin". Además agregó que ella observaba que todo en el universo tenía su pareja, hasta las jaibas, los cangrejos lilas y rojos y las langostas. Que ella vivía intranquila así, metiendo los pies en el agua salada de la mar verde turquesa, transparente de sábalos y corvinas plateadas y que veía allá, entre brumas, al sur, el filo, la uña del continente, de la montaña, y al saliente los tarros derramados de polvo de oro del amanecer, por donde acudían los barcos de otros países, venían los extranjeros, las wagas, los comerciantes, los bandidos, los contrabandistas, los cocaineros, los marihuaneros y también, por el otro lado llegaban los policías, hijos de sus madres y de la leña verde, los gringos blancos, como si todos fueran albinos y con los ojos de horribles veta de azules y verdes, y a veces los gringos se reunían y hacían

hogueras y tomaban aguardientes y fumaban cosas raras, daban ladridos y alaridos, como salvajes atroces de otros mundos, y ella pues, a la orilla del mar se había quedado allí solitica, viendo zigzaguear a las gaviotas y salpicar, desde el fondo del agua verde, las sardinas de plata. Y contó la bella Iguandili, que también, de noche, desde la varazón del rancho, en su hamaca, entraban las cuchillas de la luna, y rielaba la luna nerviosamente sobre el encaje negro del mar, y allá relumbraban las islas llenas de cocoteros iluminados por la luna y su cría de estrellas, sus cardúmenes de luceros detrás, como perros de conchanácar, perros de azúcar, como perros de harina, así perros mudos y lanudos, la luna, y su pirotecnica, sobre los montoncitos de islas, islas, islas y palmas declinantes, palmas susurrantes, palmas rebeldes, militantes, políticas, ideológicas, substanciales, internacionales. Pues ¿quién sabe de qué culo del mundo, habían venido los cocoteros, por las aguas saladas de los océanos?...

Pero bueno, ahora la pobre Iguandili pagaba su locura, su maldad, su pecado original, cargando cien sacos de cascajo pesado, hirsuto, ardiente, cortador, agrio, y tenía el lomo, la espalda, el cogote, el hombro hechos vejigas, reventados, magullados, asesinados, desollados, sangrientos pero no lloraba, ¿Porqué llorar delante de todo el pueblo y el congreso? Para que algún acusador del pueblo le dijera entonces; -¡Ah!... por aquello no llorabas, o al menos llorarías de gusto ¿pero ahora sí lloras no?

Y después de todo, ¿no era injusto el castigo? Después del congreso, aquella noche, ¿acaso ya no era suficiente pena? Pero las masas dijeron eso es así, la ley y la tradición lo mandan, la nación de Cuna Yala lo impone. ¿Y la mujer?... a cargar sus piedras... En tal faena no era ciertamente bella, la más bella de la isla y de las varias islas y de casi todo el archipiélago y la comarca, la más bella del área del Caribe... Dicen que nació una noche de luna redondísima

y clara en el fresco mes de febrero, cuando no llueve y el mundo es transparente y casi azul. Entonces, con el tiempo y los días del maíz, del ñame, de la yuca, del otoo, de los peces y las langostas comestibles se crió en su hamaca; le contaron cuentos viejos y canciones nuevas, dichas por sus hermanillas, al run...run... de la hamaca; hamacándola, cuando sus tatas iban a la costa a buscar la comida y el agua, porque en la isla sólo había arena, cascajo, palmas y algunas almejas y caracoles. Y desde luego, también cocos, agua de coco o pipa, que es un milagro terrenal, porque la palma es el único árbol, si acaso es árbol y si no es helecho gigante, o algo parecido, que produce un fruto, del cual mana agua clara, como los arroyos del cielo que nadie conoció, ni el hombre ardilla, Masolopíler.

Pues bien, ella creció así, en aquel país, el pueblo suyo, en donde las cosas son de todos los hombres y mujeres, y se reparten los bienes por igual, y se discute lo que se debe hacer, cada noche en el congreso, y en donde cada hombre tiene a su mujer y solamente su mujer y cada mujer posee solamente a su hombre y sólo a un hombre. Bueno, y el día en que finalmente las parejas se matrimonian, después de varias ceremonias, tienen que fabricar los sueños y el amor en una hamaca; hamacándose.

Iguandili era más baja, más chica, desde luego, que una palmera, pero parecía una palmera recién nacida, con su cabellera negrísima y chola, la que un día le cortaron, para la fiesta de Inna Suid. Tenía los ojos grandes como el universo de noche, negros pero brillantes, ojos chinos y la boca maciza, labios anchos, bien cortados, mejillas trigüeñas como rosas morenas; como la tortilla de maíz, cuando está en el justo punto, ni muy blanco ni muy negro, sino como tortilla de maíz dorado con arroz con yuca, o como fruta de pan, como pan, así era Iguandili. De modo que con aquellos rasgados ojos de obsidiana, ella era la dictadora de la isla, levantaba con

poder la frente, de su nariz aguileña, de poderosos aleteos de paloma herida, colgaba su argolla de oro que le trajo la abuela de un pueblo de Colombia. Y además tenía las piernas más delgadas, finas y fuertes del mundo, más ágiles, que las de las hijas del rey de los venados y para mayor donaire, sobre los tobillos lucía ajorcas apretadas, hechas de tela multicolores.

Iguandili bailaba; lucía como una mariposa en las danzas, una chigarrita, una pájara, y además sabía nadar como la tortuga, tanto como el pato de agua, como los pelícanos; igual que los propios peces sierras, cojinúas, sábalos. Tenía tal arte, de navegar porque nació en el agua y en fin, ella era capitana de las piraguas, timonela, con su remo cortaba el verdor escurridizo del piélago... chus... chus... brotaban los manojos de espumas y maniobras sobre el mar hacia la costa. Total, era la más hermosa de todas las hermosas, por ello se enamoró, la casaron y al poco tiempo, uno dos meses, digamos, su marido tuvo que irse al país de los wagas, el Canal de Panamá, a las bananeras de los gringos, para volver con el radio, los billetes y otras cosas raras y ¡quién sabe qué más!... Pero el marido se quedó... y se quedó por aquellos lugares en donde unos se comen a otros; unos engañan a otros; unos envician a otros; abajo; unos con todo, otros con nada; en fin, la democracia de las ciudades y las plantaciones llenas de religión cristiana, católica y miles de sectas protestantes, y otras cosas que no había en la isla, pero que, al decir de los que iban y venían, eran asuntos buenos. Eso contaban los asimilados, los aculturados, los que abandonaron la lengua, los que ya no eran dules.

Pero bueno, un día, y éste fue el caso -es verdad que viajó a Colón a buscar a su marido, quien trabajaba de cocinero en la base militar de Fort Gullick, en la "Escuela de las Américas" y trajo de allá chingongo, chiclets, cigarrillos con filtro y otras yerbas. Eso fue cierto, pero después no fue más al Canal y en su isla, rondaba por la orilla del puerto, sola y tenía melancolías y otras costumbres.

Y así, vino el tiempo y se fue con los calendarios y primero la familia, como decir, el tata, o la mama, o cualquier prima o primo; en fin, alguien notó que la bella Iguandili tenía barriguita, le crecía el vientre, estaba embarazada, y ella se puso fría de saberlo ¡Ay!... estaba preñada, y tenía que parir...

Cuando ya la barriga lucía madura, como quien dice, el botón de rosa a punto de reventar la rosa; desde luego al igual que en Nueva York, Moscú o Londres, en la isla hubo sus cualesquiera comentarios, noticias, partes, bochinches, sugerencias, malos pensamientos, chanzas y ¡qué se yo!... Cosas de mujeres a la orilla de la mar, en las piraguas, en el puerto lleno de veleros y cerros de cocos almacenados para el intercambio; también había pelícanos grises de tremendos picos. Pero en fin la bella en una noche de luna, siempre la luna, porque era del partido de la luna, de su luz, de su ideología, de su leyenda vieja de luna. Pues esa vez, entre palmas, entre bejucos viejos, entre sombras de los palos mayores de los barcos que iban y venían de Colombia, cada mes, una noche así nació el niño, como un nuevo dios de la isla.

Según cuentan, por el oriente subió la luna, todo el ámbito se puso claro como pantalla de televisión y así parió la bella un niño, en cumplimiento del orden natural de la reproducción ampliada de la gente con el fin de que pueda haber brazos para las máquinas, para las naves cósmicas, para el piano y para otros sueños de amor. Era el tiempo de la luna llena y la Iguandili quiso ponerle a su hijo el nombre de luna, porque luna, en el idioma de los dules es sustantivo masculino.

Según los antiquísimos poemas Mago (La Claridad) tuvo tres hijos y quedaron Olotoalipipi que era la luna, hijo hombre, y Nanacabaillai, su hermana mujer. El gran padre vio que faltaba descendencia, del mismo origen cuna y ordenó que los hermanos se aparejaran: Olotoalipipi con Nanacabaillai. De noche, Olotoalipipi, el hombre luna bajaba a la choza en donde dormía su

hermana Nanacabailai y abusaba de ella , pero está dicho, que ella no se daba cuenta de quién la violaba .Nanacabailai, con el fin de alejar a quien de noche, entraba a burlarla, se puso insectos venenosos como garrapatas o piojos en la piel y en el cabello, para que al llegar el usurpador, la despertasen, pero ella dormía profundamente. Entonces Nanacabailai buscó el tinte de la fruta de jagua con la que se pintaban figuras el rostro, y cuando el hombre luna la poseyó, le untó la pasta en la cara . Al amanecer cuando se levantó la sábana de la noche, descubrió que se trataba de su propio hermano, Olotoolipipi, quien al ser descubierto huyó hacia el cielo, y por eso, desde entonces , la luna tiene manchas en su cara.

Y en la choza de Iguandili pasaron uno, dos, tres días, una semana, quince días, un mes. Justamente a los treinta días llegó a la casa un miembro del cuerpo de seguridad de la comunidad, en la isla así sin ninguna piedad, sin malicia, sin metáforas, sin diplomacia, sin política, sin rodeos; inquirió secamente sobre lo siguiente ¿por qué tú machi, tu hijo, tiene color oscuro y le sale el pelito ensortijado? "-Pregunta mortal. Ella, escapándose, alcanzó a responder: "- ¿por qué preguntas eso?- Y el de la inteligencia dijo: "-Contesta tú, yo te pregunto y tú sabes quién soy"- "-Pues nada, - expresó la atribulada mujer, es la etnia como todos ¿Querías que fuera albino?"

El investigador se fue de la choza, pero en la noche, acudió al congreso y presentó la demanda. Dijo así: "Tengo el deber de denunciar ante usted, compañero sáhila y ante el pueblo que Iguandili, la hija de Anselmo Arias, quien es suaribed, tiene un hijo moreno, de pelo ensortijado. No quiero hacer daño a nadie y menos al niño, pero el congreso, merece una explicación que ella no me ha querido dar. Además ¿cómo es que un suaribed que tiene el deber de investigar, primero que nadie, algo semejante, se ha quedado callado, por tratarse de su hija? ¿Qué clase de fiscal es este hombre que incumple la ley en esta isla?"

Esa vez el congreso deliberó hasta las doce y cuarto de la noche.

En el centro, en su hamaca, con el bastón de mando al sáhila, tras de fumar tabaco, y a veces, simular que dormía, escuchaba el largo y encendido debate. Cuando algún congresista se dormía, el suaribed, con su vara, golpeándola sobre el suelo, daba gritos sorprendidos y estridentes, para despertar a los aturridos: "Kabi dámalo curquel" ... A esa hora el sáhila, con su gente, tomó el acuerdo ya conocido.

Pero el interrogatorio fue pormenorizado y contundente. Ella incluso dijo que era culpa de la etnia. Fue lo peor, había mentido; ocultó la cuestión de la luna, en la costa.

-¿Por qué tu hijo es negro y de pelo apretado, como decir lana, o decir pimienta?

-No sé, nació así, lo parí tal cual, no lo pinté con jagua...hay gente así.

-Pero, ¿cómo? Si tu marido hace meses está en Colón... ¿cómo hiciste el hijo?

-Pues ¿cómo lo iba a hacer?... haciéndolo, como se hacen todos los niños, igual, pues...

-Pero mujer, te habla el pleno del congreso, no mientas. ¿Cómo pudiste concebir un hijo así, si tu marido estaba allá lejísimo, en la ciudad y tú acá?

La bella Iguandili no contestó. Huidiza, avergonzada, temerosa (en el fondo hubiera preferido echarse al mar, con una enorme piedra amarrada al cuello) pues se quedó como una laja antigua, con la boca cerrada.

-Pero contesta... -inquirió el sáhila- tienes que responder, eso es así; no me vas a decir, cual los occidentales, que lo concebiste como María, de una paloma del espíritu santo, o una gaviota, o una golondrina, o una tortuga, o una guacamaya de todos los colores... (El congreso rió a mandíbula batiente)... pero el sáhila, tras de sonreír con mucha medida, llamó al orden y el respeto a la acusada.

-Realmente pido excusa al congreso, por la comparación que he hecho -dijo el sáhila- Pero, habla mujer.

Se oyó un silencio ancho como el mar y después el gruñido de jaguar joven de las olas crecientes. En eso, sobre el horizonte, empezó a salir la luna. Ella miró la distancia iluminada por el astro, volvió el hermoso rostro al congreso y habló así: "¿quién no sabe aquí de la vez que yo fui a Colón y estuve con mi marido?"... Y no agregó nada más.

En el congreso las gentes empezaron a sumar fechas, y las cuentas no salían de ninguna manera, aunque el niño fuera sietemesinos, y el nene era un zambo rollizo y lindo, más grande que todos los que nacieron en la isla, desde que se inventó el maíz y la chicha, los tamales y el cacao. Lo peor fue su testarudez, la defensa inútil ante los implacables investigadores del poderoso sáhila.

-Mire, compañera Iguandili- dijo uno de la milicia- eso no es posible, por cuanto fuiste a Colón hace sólo seis meses y ese niño nació a los nueve meses. Por tanto, tú mientes. Repito, ¿por qué tu hijo es negro? ¿Ah?...

-Y acaso no salen también niños albinos, o sea rubios, o sea fulos, tan blancos que ni siquiera pueden ver, de frente, la luz. Y entonces, señores, ¿estos albinos fueron concebidos por algún dios norteamericano, sueco, finlandés o ruso? Y por contradicción, no podría nacer un niño negro, si nacen niños albinos?

El congreso quedó estupefacto. En realidad todo podría ser.

-Mira Iguandili- protestó un hombre- tú no respetas al congreso, ni al sáhila. Eres una atrevida... Te comportas como muy sabia y muy internacional, pero además lo haces en forma cínica. Oye... de dos dules no puede nacer un niño negro. ¡Jamás!... Sí... nosotros nos ponemos negros de sufrir, de trabajar para los que nos zurren por allá en las ciudades y en las compañías. Mira, yo estoy casi negro, curtido del sol, porque trabajé en las bananeras. Y también le digo al congreso, yo no tengo nada contra los negros, porque

ellos también son gentes como nosotros y hay muchachas cunas y jóvenes cunas casados con negros y negras... Pero aquí hay una trampa, una mentira, y es eso lo que nos importa en la comunidad. Por tanto, explica francamente lo que pasó. Además, tu padre es un fiscal... ¿no tienes alma? ¿Qué clase de sierpes eres?

Entonces, ella la bella Iguandili, llorando, con los ojos más hermosos de la comarca, levantó el rostro de caoba y habló mientras el secretario del congreso tomaba nota textual, para el acta del juicio.

-Señor sáhila, compañeros del congreso... perdonen todas las mentiras. La verdad es la siguiente; esa noche había luna, yo tenía melancolía, porque mi marido se había ido y no me mandaba nada, pero nada; ni plata... además no volvía... ¿quién de ustedes puede decirme qué hacía aquel hombre tan lejos de mí? Yo iba al puerto a vender mis cocos, ¿quién no me vio trabajar y sufrir? Pero yo comía mi sufrimiento solita ¿y acaso no pensaba que aquel hombre andaría con otra mujer y tal vez una waga?... Por dentro me mordían los celos... ¿No han tenido ustedes celos también? Digo que yo iba al puerto a vender mis cocos. Y así ocurrió: en el muelle, el barco, el dinero, la mercancía, el producto, el precio, el valor, la oferta y la demanda, la compraventa, quizás todo aquello fue. Si yo toda la vida me comporté tan buena y cumplidora de la tradición, pero en la venta de los cocos, allí fue cuando aquel marinero cartagenero me tocó una teta y me dijo una palabra sucia, y yo regresé, muy encendida a la casa, como borracha de cuanto había pasado con aquel demonio, porque pienso que el marino me echó algo: él fumaba, y me tiró una bocanada de humo azul o naranja en la cara y me agarró. Fue esa tarde del puerto. Yo no sé, pero me llevaba como una marea, como una cáscara, iba yo con mis cocos, de nuevo al arrimadero al barco... quién sabe qué magia echó aquel muchacho negro, porque fumaba algo y tal vez fui embrujada, porque esos marinos saben muchas brujerías y yo iba al barco como una cáscara ardiente, y la segunda vez el hombre me dijo que fuéramos esa noche a la costa, que pasaríamos muy bien; que me regalaría una

cadena, un radio; qué se yo cuántas cosas daría... y esa noche yo no podía dormir, pero cuando todos los demás se durmieron: se durmió tata, se durmió mama, se durmieron los hermanos, yo salí con mucho sigilo, como si fuera a orinar; salí como si fuera transparente y nadie me viera; salí y la luna me delataba, porque era el espantoso miedo frío, entre el deseo y la conciencia. Todo estaba así quieto como mar sin olas ni nada y un silencio, como al principio, cuando no había nada; solamente neblinas que daban vueltas y en sus remolinos surgieron los doce espíritus... Yo tenía miedo; sí señores, un gran miedo y un gran deseo. Y bueno, entonces, al avanzar hacia donde iba, porque yo no sabía hacia donde me encaminaba... los pies me llevaban como si tuvieran alitas, como si yo fuera una paloma, pero muerta de susto. Así iba yo, luego pensé que la isla se había transformado en otra cosa y que sólo yo existía sobre la naturaleza de la luna, luceros y piedras negras. En eso llegué al puerto y lo vi terriblemente solo, pero de pronto, del barco "El Tiburón Azul", bajó el marino, me agarró de la mano con una fuerza colosal, gigantesca, me metió en un bote, y remó hacia el otro lado, a la costa. Allá casi me mata de amor; en la pelea, porque yo luchaba, lo mordía y él también mordía y me chupaba hasta el amanecer cuando el sol paría su luz.

Al traerme encantada, todavía, me devolvió sin radio, sin cadena, ni dinero, y yo quedé sin absolutamente nada y sólo era un pensar en ese negro y aquel bote, el susto tremendo y la pelea... Al fin y al cabo, ustedes pueden ver que no miento... no puedo mentir al congreso ni al pueblo. Pues aquello hice; engañé a mi pobre marido. ¿Quién sabe si estará preso si lo han matado, si trabaja día y noche para traerme la plata?... Que no será, desde luego, mucha plata. Y bueno, yo me callé, no dije nada; mentí porque tenía miedo. Señores del congreso, mi señor sáhila, y por eso mi niño nació negro, pese a la luz de la luna, porque era un marinero negro su padre, y yo compañeros, digo pues, de todas maneras, soy su madre y todo el pueblo tiene que quererlo, y todo el pueblo tiene que perdonarme, y

todo el pueblo tiene que explicarle, en el congreso, este asunto a mi marido cuando viene, si viene. Y yo estoy dispuesta a que me peguen con ramas de ortiga, desnuda, o lo que sea, para pagar mi crimen, y cumpliré exactamente lo que el congreso acuerde.

Por tal herejía el congreso la castigó con la medida de cargar cien sacos de cascajo para la futura pista de aviación.

## **SEGUNDA PARTE:**

Después el mundo de la isla siguió hacia arriba como circulan todas las cosas y las islas, con su filas de chozas, una al lado de la otra, los cocoteros, el puerto pequeño o desembarcadero; barcos que van, barcos que vienen, de quince en quince días. Las piraguas con sus remeros, hombres y mujeres, y niños, hacia la costa, o simplemente navegando por navegar, como los pájaros, o para bucear langostas o agarrar tortugas. Muchachos que van, muchachos que retornan, congresos diarios y las fiestas de Inna Mutiked.

Bueno, pero un día arribó al embarcadero el barco llamado "El Tiburón Azul", y cuando hubo descargado y cargado la mercancía y ya el capitán arreglaba la salida, llegó la ley del pueblo y dijo el representante: Mire capitán, usted tiene aquí un marinero así y asá, que hizo esto y aquello con una mujer de esta isla y eso es un delito.

-Ah, bueno respondió el capitán- eso no es conmigo, porque ya ese marino no trabaja aquí en "El Tiburón Azul".

-Bien- repondió el responsable del mandato- eso no nos interesa a nosotros, aquel hombre tiene que pagarnos quinientos dólares de multa por haber burlado nuestra tradición.

-¡Ah!... -repondió el capitán- pero no fui yo el que se acostó con la niña, de modo que mis amigos, ¿qué clase de ley es esa que uno paga por otro? Y además, la propia niña afirmó que no fue forzada al asunto. ¿acaso yo no he negociado limpiamente, toda la vida con ustedes y me he portado decentemente?

-Eso es así, lo reconocemos, por eso mismo le exigimos a usted, como capitán responsable de sus hombres, y quien debe velar por ellos; pues tiene que responder ahora y pagarnos esos quinientos dólares- repitió el vocero de la comarca.

-Entonces- dijo el capitán- si la cosa es así, yo no pago un carajo y me voy.

-¿Ah?... exclamó el miliciano- la cuestión cobra ese tamaño, pues usted, capitán del "Tiburón Azul", no podrá partir, ni realizar jamás negocios con los dules.

En eso el resto de compañeros cunas rodeó el barco y cuando el capitán vio que las milicias del pueblo no titubeaban en ejercer la dictadura de las comunidades dules, se sonrió cobardemente y expresó:

-Son chanzas mías, señores... son cuentos, mi compañía paga. Perdonen por lo que hizo aquel maldito marino. Aquí tienen sus quinientos dólares y quedamos, como siempre, amigos.

### **TERCERA PARTE**

Entonces, ya saben todos, porqué la bella Iguandili cargó, de sol a sol, cien sacos de cascajo para la pista de aviación. Y en la isla la vida siguió igual de hermosa: palmeras agitadas por los vendavales, aguas verdes y transparentes que permiten ver en el fondo las miniaturas de los caballitos de mar, y las grandes caracolas rosadas y las multicolores y mágicos colores. Allí al borde del embarcadero, sin melancolías y jugando con su negrito, está la bella pecadora y perdonada.

Pero nadie podrá hablar de su locura; nadie podría burlarse de su historia, porque fue debidamente juzgada por su pueblo y sería una falta que el congreso castigaría, si alguien atenta contra su dignidad de mujer y madre, y la pagarían con otros cien sacos de piedra para la pista. Total... su hijo es el hijo de la comunidad. ¿Y su marido? ¡Quién sabe!... Tal vez, algún día, allá por el horizonte vendrá, o llegue en alguna avioneta que aterrice en la pista de aviación... o no regrese jamás y se pierda en las brumas como las gaviotas.

**Octubre, 1983.  
Ciudad de Panamá.**

## EL PERRO TIGRE

Cuando Robustiano San Clemente se pegó el tiro en la sien con su pistola Luger y cayeron al piso sus doscientas libras de manteca, el disparo asustó a una parvada de pájaros negros, llamados changos, que graznaban arriba del techo de la vieja casona de su hacienda. El sarnoso perro "Tigre" empezó a dar aullidos casi apocalípticos. El eco del estallido se disgregó apagándose en la soledad de los llanos, de aquella tarde del domingo trece de diciembre. El caballo moro, peruano, de cuarto de milla, masticaba trozos de caña dulce, amarrado al añoso árbol de calabazo, mientras verdes y azules moscardones, le martirizaban las orejas.

La causa por la cual Robustiano llegó a la decisión tremenda de ponerle fin a su regalada vida de hombre poderosísimo, era de una horripilación sin nombre.

Sin embargo, pese a la detonación de la escuadra, en la soledad de la casa todo siguió su rumbo en el tiempo y el espacio de las cosas: la caballeriza, con media docena de sillas de montar, pertenecientes a los mozos; las puertas con gruesos candados que cerraban el paso a las diferentes mangas de los potreros; el olor a boñiga de vaca, de cueros crudos y manteca de cabimo y sebo para curar; todo ello, bajo el silencio cuadrilátero mezclado con zumbidos de moscas y rajeos de pájaros. Afuera de lejos, por los caminos lilas y rosados, sobre las peladas lomas, palidecían algunas salomas de campesinos domingueros. Lo que menos pensaba el universo intrínseco que constituían las relaciones sociales, familiares, económicas y políticas de don Robustiano era que su hombre yacía supremamente muerto en el portal trasero, de ladrillos rojos, de la

casa de campo. Solamente el pobre perro "Tigre" acudió a su lado en esa hora, se echó huérfano y desolado, frente al muerto, mirándolo con enormes ojos de perro fraternal y huérfano

Don Robustiano bajó del caballo moro, lo amarró, cortó pedazos de caña cubana; entró a la sala grande, abrió el cajoncito de la mesa, sacó la escuadra, la puso encima de un libro de cuentas; se quitó la camisilla, impecablemente blanca, de hilo, finísima, quedó en camiseta. De los poros de la franela brotaban los rollos dorados de vellos gorilescos; guindó de un clavo la camisa, regresó a la mesa, comprobó que el arma estaba absolutamente cargada; la dejó, de nuevo, sobre la mesa, volvió a la camisilla y del bolsillo extrajo un papel. Leyó, buscó en el bolsillo del pantalón una cajeta de fósforos, no la tenía; fue a la mesa, a las tablillas, salió a la cocina, se devolvió a buscar la Luger y finalmente se sentó en un taburete recostado de la pared, con el arma en la mano derecha y el papel en la izquierda. Leyó, suspiró hondo, dejó la pistola a un lado, sobre un banco, prendió un fósforo y quemó el papel. El sol caía perpendicularmente, allá afuera, sobre la ramazón del calabazo antiguo, lleno de frutas redondas y brillantes. El caballo masticaba lentamente, pese al plateado freno. Allí, en esa hora del sol, explotó el disparo y se derrumbó el sujeto.

Pero en la hacienda no había nadie; la señora que cuidaba la casa y daba de comer a los peones, tenía el domingo libre, y además, en las tardes dominicales, se turnaban las cinco amantes de don Robustiano, y ese domingo a las tres, debía llegar la Carata, la Eva Kannengiefzer.

Habían pasado tres minutos del disparo, de modo que la Carata llegaría en su auto Mercedes Benz, justamente dentro de las dos y cincuentisiete minutos, porque era una amante de férrea disciplina, heredada de sus abuelos alemanes de Turingia, los que llegaron al país cuando las minas de oro. Sólo a las tres en punto de la tarde, de

no ocurrir algo distinto, empezaría el mundo de Robustiano a enterarse de que el hombre se había suicidado por algo verdaderamente horripilante.

A la Carata (porque era pecosa y pelirroja) Eva Kannengiefzer le gustaba la leche de vaca. Y Robustiano la complacía personalmente, rememorando sus años de juventud, cuando nada más era peón de lecherías, pobretero y buscapleitos. Encerraba el ternero de la vaca "La Pinta", que solía dar venticinco botellas de leche por ordeño y luego, motivado por la Eva, que se sentaba a horcajadas sobre las trancas del portón, daba muestras de su gran destreza, en el viejo oficio de ordeñar, y ofrecía a la mujer la vasija, una totuma hecha de fruta del calabazo, rebosante de leche calientita, con espuma. La alemana le echaba unas pizcas de sal, y entre los dos, en la misma totuma se la bebían ¡Qué amor!... Fue la Carata quien le trajo su último viaje a Francfort del Meno, la pistola Luger. Pero esa tarde no había ordeño, ni enlace de terneros, ni relatos de su vieja vida de peón; ni de cuando cambió de oficio y se metió a cuatrero y empezó a ser propietario pequeño, hasta el día en que asesinaron a Mr. Richard Morgan, para la época de las minas de oro, y a los pocos años Robustiano pasó a ser de oscuro cuatrero, llamado simplemente Ñano, a gran ganadero titulado Don Robustiano y por consiguiente, en su condición de amo, fue el padrote de todos los caseríos, corregimientos y pueblos circunvecinos.

Mas ¿Pensar que se había matado por cuestiones de mujeres?... sería pueril, ya que jamás parpadeó ante los señalamientos subterráneos de la gente que se rendía bajo su mirada y su látigo; ni siquiera cuando fue público que vivía con dos muchachas, de lo más encumbrado de la sociedad, que eran, por demás, mellizas.

Los moscardones verdes dejaron el caballo para alimentarse de la sangre azul de Robustiano. De pronto, a las dos y cincuenta y

siete minutos de la tarde, el caballo levantó la nuca, relinchó; el perro salió al portal y ladró tres veces; se abrió automáticamente la puerta del auto, y bajó envuelta en gasas lilas, la Carata Kannengiefzer llamó:- "Robu"... atravesó la sala y al pasar al portalete halló al amante tendido horizontalmente para siempre.

Cuando Robustiano se llevó la pistola a la sien sintió un frío de culebras verdes que le subió de las ingles a la sesera. Tuvo la sensación de que le recorrían piedras por las tripas, vidrio molido, y después fue como si el corazón le corcoveara. Apretó contra el casco de la plateada cabeza, la boca de la escuadra. Le acudió la electricidad de un pensamiento angustioso: ¡Putá, no me mato nada!...

Pero entonces contrajo muy levemente el gatillo, como para ver si se atrevía y se le fue el disparo. Se desgajó del taburete y de medio lado sintió saltos de sangre por dentro, luego vino un sosiego casi dulce, una especie de descanso vital; sentía moverse en un carro de almohadas por un túnel violeta y desembocaba en una apertura esplendorosa de color naranja y pasó a un estado de imponderabilidad absoluto. En ese ser y no ser, Robustiano pensó precisamente que ya estaba muerto, mas era cierto, y se preguntó en la muerte:-"mierda, ¿qué hacer ahora? ¡tan buena que estaba la vida!"- Al parecer, podía tomar tres rutas: ruta A, ir directamente al cielo. Esto tenía serios inconvenientes: los pesados zurrones de pecados, algunos de los cuales eran mortales. Pero, en todo caso, reflexionaba, los Papas no habrían podido entrar, tampoco. Acostumbrado en la vida a que todas las puertas se le abrían con su poder y su dinero... ¡bah!... una puerta más la del cielo... ¿qué? Su experiencia le había enseñado, y éste era su criterio, de que todos los hombres tenían, a su alrededor, un precio: unos por un real, otros por un millón. ¿Acaso los santitos de la portería celestial no serían capaces de prevaricar? Sin embargo, el cielo... ¿No sería

algo tan incoloro y aburrido para un sujeto de su talante? Ruta B: el infierno. La primera vez que hizo el trato con el diablo, debajo de un árbol de higuera, en cruz de camino, un viernes, sin hablar con nadie, el individuo de los cachos le dijo que se hablaba mucha tontería acerca de las dificultades del infierno, de pailas de brea caliente, lenguas de fuego mortificante y eterno, de falta de agua potable y desodorantes, pero que esos eran cuentos del señor, para ganarle la dialéctica. Que por lo contrario, en diferentes cabarés se presentaban espectáculos, al nivel del Lido de París, con stripteases jamás vistos, y todo aquello en un marco de comodidades, aire refrigerado y luces fosforescentes. Pero ya habría tiempo para los infiernos. Ruta C: el limbo. Deambular sobre pequeños satélites impulsados por rayos de láser, de galaxia, en galaxia inconcretamente, vestido con un camión de gasa blanquísimo, sin sal, ni azúcar, ni tabaco, ni ron. No era oficio para un vaquero como él, acostumbrado a ordeñar, para dar de beber leche a su alemana la Eva Kannengießer. Además le saldrían alitas y daría así la ridícula imagen de que después de muerto se había vuelto maricón.

Cuando llegó la Carata y gritó, Robustiano ya muerto no pudo escuchar el espanto de la voz de su amante, ni el arrancar del coche, cuando la mujer huyó, despavorida por la llanura. -"¿Qué hacer?"- se preguntó el finado. Así estuvo largo rato hasta cuando decidió, a su estilo, con la firmeza que le caracterizaba meterse a espectro. Dijo: "Seré abusión".

Y antes que del pueblo llegaran los deudos y vecinos; los jueces y guardias a levantar el cadáver, Robustiano se salió como pudo, de la cáscara humana y se transformó en murciélago. Se colgó de una ramita del viejo calabazo para observar, minuciosamente todos los movimientos, cuando el elemento acudiera a llorar o esperar la herencia. Así estuvo mientras el forense daba su veredicto y el secretario del personero apuntaba; mas como era un murciélago invisible nadie pudo sospechar su presencia de abusión.

Cuando la comunidad se enteró del suicidio del patrón Robustiano, la sorpresa se convirtió en espanto colectivo. Al parecer, todo se desquició, trastocó y se puso al revés. Los enemigos, misteriosamente quedaron mudos, para que no pudieran decir absolutamente nada, ahora cuando el tirano había pasado al otro mundo y sus guardaespaldas parecían arrieras sin pestañas.

- "¡Dios Mío!... ¿pero cómo van a velar a este hombre en la iglesia, si vivía con cinco mujeres, además de su esposa legítima?" - exclamó una beata y se le paralizó la lengua.

A las siete de la tarde del domingo, se sintieron aleteos de murciélagos arriba del campanario, uno de ellos era Robustiano, en su forma de abusión.

Como un hormiguero se movía el mundo de hijos, parientes y amigos para adornar la iglesia con papeles de crespón morado, negro y blanco. De comunidades vecinas, capataces y peones trajeron carretas llenas de margaritas blancas y suspiros lilas. Ramos de mirto, brotados de azahares se mezclaban con barrancos de claveles de tono rosa y canela.

Cuando las azuladas campanadas empezaron su din don, con ecos lúgubres, del fondo del pueblo hacia la catedral avanzaba lentamente una masa de compactos individuos humanos, vestidos de negro, precedidos de bandas de música, bajo la tenebrosa marcha de Chopin. Bomberos, guardias, estudiantes, comerciantes, acreedores, deudores, amantes, prostitutas, tinterillos, galleros, ganaderos, terratenientes, políticos, casi todo el sistema, incluidos los enemigos que habían quedado sin lengua, marchaban con sus cabezas bajas.

El mundo oscureció al borrar el sol su último chispazo granate de la cúpula de la torre blanca. Seguido de las bandas venía el caballo

moro, peruano; sobre la rica silla chocontana le habían echado un manto de terciopelo negro. El animal arrastraba una especie de cureña con el ataúd de Don Robustiano, hecha la tapa de puro cristal, con marcos dorados, al parecer de oro de dieciocho kilates.

Detrás de la carreta funeral seguía, en primer plano la viuda oficial forrada de una bata negra, destacando su rostro de paloma blanca, aunque arrugada; le acompañaban dos fornidos edecanes, igualmente vestidos de negro, pero con afiladas dagas en las manos. La viuda, en una bandeja de plata, llevaba un pájaro rojo acabado de degollar. Inmediatamente después, y en estricto orden, e igualmente acompañadas, proseguían las cinco amantes de Robustiano, precedidas de la Carata Eva Kannengiefzer. Pero las queridas andaban débilmente envueltas en trajes largos de gaza transparente de colores pastel: lila, rosa celeste, campánula, fucsia: La Carata, la Negra, la Fula, la Chola y la Flaca. Dicen que las flores que portaban en tupidos ramos, eran de ortiga, y de orquídeas moradas, catleas y flores del Espíritu Santo....

Adelante, al son de las campanas azulencas y de marcha fúnebre, el caballo marcaba los pasos lentamente; después, ante el asombro de los participantes, subió los cuatro peldaños del atrio, con gran elegancia y se adentró en la iglesia, hacia el altar mayor. Allá doce curas, de varios distritos de la provincia, esperaban para colocar el féretro en los bancos y los pebeteros de incienso de la India.

Bajo el sordo rumor de los comentarios y chismes, se decía que hubo una gran discusión entre la viuda oficial, los hijos de casa y el abogado, porque el licenciado quería realizar el entierro dos días después, ya que el señor Presidente de la República anunció que deseaba asistir; pero la viuda argumentaba que el cadáver tenía un hedor isoportable, al punto de que, sobre la casa, ya revoloteaban los gallinazos.

Las amantes se situaron detrás de la mujer legal, con enorme solidaridad colectiva y empezaron los rezos, los coros y las músicas. Arriba del altar mayor, el murciélago observaba el espectáculo, sin que nadie pudiera advertirlo, por su condición invisible de fantasma.

La multitud no cabía en el templo y por eso, miles de dolientes rondaron la iglesia, entre tragos de seco, sorbos de café y masticadas de galletas. Quintales de hielo llegaron al lugar, en inútil afán de conservar el creciente desarrollo de la putrefacción del muerto, colocándolo debajo de la caja, pero el hedor mantenía una lucha fiera con el perfume del centenar de gajos de azahares y claveles, dando un gusto entre amargo y dulzaico en el ambiente del velorio.

Al día siguiente, después de la misa de cuerpo presente, a las nueve de la mañana se realizó el entierro. En la mitad del camposanto los peones de la hacienda de Robustiano, bajo el mando del mayoral cavaron una enorme fosa, justamente en un altozano. ¿Mas para qué tan ancho hueco? El murciélago Robustiano se había descolgado de las barbas del santo del altar mayor y transformándose en paloma de castilla voló al cementerio. Como a las diez de la mañana, bajaron la lujosa caja de cristal al fondo del enorme hoyo rectangular y hondo. Algunos lloraron lágrimas de cocodrilo, los demás parecían piedras mudas, sin manos ni cabellos. En eso, se destacó, de entre la multitud la Carata; abrió, frente a los concurrentes, su fina enagua, lució por un minuto enteramente desnuda, con sus pecas y lunares, y levantando los brazos, como si fuera a emprender un vuelo se echó en el abismo de la fosa... "Uhhhhh!"... mugió la masa doliente. Otro tanto hicieron, una por una, las demás amantes, y por último, los chambelanes con digno protocolo bajaron a la dueña, a la legal, a la esposa, al fondo de la catacumba... Y entonces los acompañantes empezaron a echar al fondo terrones de barro colorado, pequeñas piedras ocre y pétalos de rosas, mientras cantaban, en coro, una canción desconocida. Cuando ya el túmulo fue cubierto por los

enterradores, el mayoral sembró una cruz negra y alta, llena de rosas lilas; en eso una paloma blanca revoloteó y se perdió en el horizonte lapislázuli.

En los subsiguientes días, Robustiano, hecho gavilán o garza, recorría el poblado, la hacienda, sus negocios y le angustiaba pensar que la vida y el mundo pudieran subsistir sin su existencia, porque siempre estimó que las cosas se desenvolvían a partir de él, de su voz de mando, de su poder. Pero no era así y ya carecía de la capacidad para influir, porque era una simple y alada abusión inconcreta e invisible, como tantas otras apariciones.

Se convenció de que era muy cierta la sentencia popular: «el muerto al hoyo y el vivo al bollo»... pues a las pocas semanas del increíble suicidio, y del extraordinario enterramiento colectivo y en vivo de sus mujeres, cayeron las siete plagas de Egipto sobre el poblado y en menos de un mes los vivientes devoraron sus riquezas y los hijos y demás parientes se comieron los uno a los otros como culebras antropófagas. Supo, además, que sus mujeres al enterrarse vivas, en lugar de morir y subir al cielo, se fueron subsuelo adentro, como topos, o armadillos, horadando la tierra hasta los orígenes de los volcanes. Y como, además se aburrió de su condición de abusión pasiva, decidió salirle a la gente. Primero espantó a su abogado, una noche, cuando éste regresaba de contar el ganado de la hacienda para distribuírsele, en la vuelta del camino, antes del arroyo apareció Robustiano en el caballo moro y lo correteó con un látigo de fuego. Esta noticia circuló rápidamente en el poblado. Después Robustiano salió de madrugada, antes de la misa de seis, entre la iglesia y la casa cural, para espantar a las beatas hipócritas. Y así aconteció todas las mañanitas, en un lugar u otro, se le escuchaba contar monedas. Al principio la abusión metía miedo en la comunidad, pero con la creciente periodicidad con la cual le salía a los vivos, el fantasma fue sentando una especie de legalidad de sus apariciones, y de pronto se le vio en las cantinas alternando con bebedores de cerveza.

En ese tenor, su condición de espectro se le agotó, consideró perfectamente inútil y ridículo andar de fantasma por los caminos, las alcobas, los barrios y las iglesias, y ante la alternativa de que, en un descuido, los ángeles o los demonios se lo llevaran para sus dominios, resolvió dar por término a su aventura de abusión. Un día, domingo por cierto, ensilló el caballo moro, se encajó hasta las orejas el finísimo sombrero alón de vaquero de película norteamericana, a lo gran señor y mandamás; llegó a la hacienda y observó que no existía más que una larga soledad, cruces de luto sobre la puerta y pájaros negros, denominados changos, que piaban sin misericordia sobre el viejo calabazo. Se bajó del caballo y de una patada abrió la puerta, llamó al perro, el cual se arrimó aullando, como ladran los canes cuando saben que se hallan frente a un fantasma, de verdad y entonces don Robustiano, por sí y ante sí, con la resolución absoluta con que habitualmente funcionó en su vida, decidió reencarnarse en su perro "Tigre" y deshaciéndose de su inconcreción y transparencia, se metió en la cáscara del animal, y dicen que desde entonces se volvió perro para siempre jamás y salió a vagabundear eternamente por los polvorosos caminos de la vida.

**Junio, 1985**

**Ciudad de Panamá**